

MARIO VARGAS LLOSA

LIBERALISMO Y POLÍTICA

En la siguiente entrevista, una versión más extensa de la cual fue publicada el 4 de septiembre por el diario El Mercurio de Chile, Mario Vargas Llosa se refiere a las posibilidades reales de la perestroika soviética, el componente religioso

de nuestra cultura, la naturaleza del Estado latinoamericano, el problema del terrorismo, la tradición del pensamiento liberal. La conversación se desarrolla una tarde nublada de Lima, en el estudio del escritor, frente al Océano Pacífico.

JAIME ANTÚNEZ: A propósito de la "glasnost" y la "perestroika" ¿discreparía usted de esta opinión recientemente formulada al diario *El Mercurio* por Leszek Kolakowski: "Desde mi punto de vista, no se deja ver ninguna señal que indique que los líderes soviéticos estarían dispuestos, ya sea ahora o en el futuro cercano, a compartir su poder con fuerzas independientes de la sociedad o que tengan la intención de entregar el control del Partido en todos los ámbitos de la existencia"?

Mario Vargas Llosa: Estoy totalmente de acuerdo. No creo que el Partido Comunista de la Unión Soviética o su líder hayan decidido instalar la democracia liberal en la Unión Soviética; sería una gran ingenuidad. Al mismo tiempo, a pesar de haber sido escéptico al principio sobre lo que serían los alcances del fenómeno, creo que hay que reconocer que ese movimiento, planeado evidentemente como un movimiento de modernización y de apertura *dentro* del sistema, sin embargo adquiere una dinámica propia, que llega a tener manifestaciones sorprendentes, concretamente en el campo de la cultura. Hay una apertura que parecía imposible hace todavía muy poco tiempo. Veo que oficialmente se anuncia en un periódico de la Unión Soviética la publicación de obras de Solzhenitsyn e incluso la posibilidad de su visita, por invitación oficial, a la Unión Soviética. Bueno, cosas de éstas son realmente muy notables y hay un fermento general al impulso de esta apertura que va a plantear problemas muy serios a la "perestroika" y a la "glasnost".

¿Hasta qué punto es posible para el Partido Comunista de la Unión Soviética controlar, dentro de ciertos límites, lo que se ha fijado ese proceso de modernización y de apertura, sin verse enfrentado a un cuestionamiento popular del sistema comunista? Bueno, no lo sé, es la gran incógnita: pero que hay allí un proceso muy importante, que indudablemente va a tener repercusiones políticas, me parece indiscutible.

Es un juego sumamente peligroso, es un juego que Nikita Jrushchiov intentó y muy pronto encontró su término. Yo creo que este proceso ha ido más lejos hoy de lo que fue el caso del deshielo de Nikita Jrushchiov y me parece, en nuestros días, el fenómeno más importante que vive la sociedad contemporánea.

La Unión Soviética entiende que con su sistema ha perdido la carrera de la modernidad; que no hay manera de que pueda competir tecnológica, científica y económicamente con los países libres si sigue manteniendo ese régimen rígido de control, de economía centralizada; que ése es el camino del atraso, del subdesarrollo en última instancia. Entonces hay un esfuerzo por modernizarse, tratando al mismo tiempo de mantener el control absoluto del poder político. En un momento dado, va a surgir la contradicción, es inevitable. Entonces vamos a ver hasta qué punto el sistema es flexible y puede extenderse; o si el proyecto fracasa o si el sistema se transforma, que es lo que todos deseáramos. Pero es, desde luego, una hipótesis muy remota.

J.A. Volviendo a Latinoamérica y a su identidad, Octavio Paz afirmaba en una ocasión que muchos se admiraban de que México, teniendo al lado al país más poderoso de la tierra, resistiese con fuerza la invasión de la cultura norteamericana. "Hemos resistido por la fuerza que tiene sobre todo la familia, la madre como centro de familia, la religión tradicional, las imágenes religiosas", decía Octavio Paz. ¿Opina usted que, mutatis mutandis, otro tanto sucede en el resto de Latinoamérica y concretamente en el Perú? ¿Qué valor atribuye al ingrediente religioso, que es una cosa distinta del clerical, en cuanto a la identidad latinoamericana? ¿Cree que esto debería conservarse?

M.V.L. La cultura latinoamericana es una cultura antigua, rica y profunda. A pesar de la pobreza de nuestros países, de su inestabilidad y de sus terribles problemas, las nuestras son culturas antiguas. Son países que pueden resistir la influencia de una cultura moderna y poderosa, como es la norteamericana. Resistir —desde luego— hasta cierto punto. Hay una influencia cultural muy grande, sobre todo a través de los medios, la televisión, el cine, la radio. Yo no estoy en contra de la comunicación cultural, del cotejo continuo, del intercambio continuo. Eso es lo que mantiene a las culturas sanas, lo que las revitaliza, lo que las obliga constantemente a modernizarse y a evolucionar. Un diálogo intenso, abierto con la cultura anglosajona y con todas las culturas del mundo, es necesario para que América Latina tenga una cultura viva y no arcaica.

La religión es un componente de nuestra cultura, sin ninguna duda: forma parte de nuestra manera de ver las cosas, de nuestra historia, de nuestra sensibilidad. Y, evidentemente, es innegable. Cuando una sociedad ha intentado erradicarla o de hecho se ha vuelto laica y secularizada, en el sentido de desecristianizarse para el caso de América Latina, inmediatamente han surgido unas formas de credo o ritual, prácticas que reemplazan a la religión y que no solamente resultan sus caricaturas sino que pueden ser tremendamente nocivas. La actividad espiritual del hombre necesita expresarse a través de creencias y prácticas religiosas, y cuando la religión no cumple esa función, surgen "formas adventicias, bastardas, fenómenos extraños". Usted sabe que el de los cultos es un fenómeno que tiene una enorme repercusión hoy en el Perú, sobre todo en los sectores populares.

J.A. En Chile y otros países del continente ha sucedido lo mismo.

M.V.L.L. Algunas sectas son simplemente creaciones de neuróticos o enloquecidos, carismáticos, pero por el tipo de persuasión y de compromiso que exigen, en ciertos sectores llegan a reemplazar esa falta de espiritualidad, que ha traído la declinación de la religión. Creo que el fenómeno religioso es un fenómeno importante y necesario. Es una manera de aglutinar a una sociedad, es una fuerza de contención moral muy importante, entendida en términos sociales; al mismo tiempo, es muy importante que no se convierta en un instrumento de poder, como ocurrió en el pasado, en una manera de confirmar el *statu quo*. Fue uno de los ingredientes fundamentales para mantenerlo y propagar el conformismo en la sociedad. Hoy corre el riesgo de convertirse en un instrumento de la revolución marxista. La religión católica, sobre todo, está profundamente contaminada de marxismo y de la idea de la revolución y del cambio violento. En muchos países latinoamericanos está asumiendo resueltamente este papel: eso hay que combatirlo muy resueltamente.

J.A. ¿Qué opina de la equivocación habitual que se hace en Latinoamérica entre el liberal y el conservador?

M.V.L.L. No creo que el liberalismo y el conservadurismo puedan conciliarse. La idea liberal es una idea de cambio, de evolución, de progreso, de reforma continua, algo totalmente distinto a lo que es el conservadurismo, que ve en el pasado una especie de modelo que no debe ser cuestionado. Yo no creo que en países como los nuestros, sobre todo en un país como el mío, haya muchas cosas que conservar. Tenemos una tradición de inmensas injusticias, de grandes discriminaciones, prejuicios, desigualdades, un sistema de privilegios que es absolutamente intolerable. Yo soy un hombre convencido de la reforma liberal, porque quiero justamente cambiar una sociedad como la que nosotros tenemos y porque estoy convencido de que la libertad, tanto en el sentido político como en el económico, es la mejor herramienta para esa transformación y ese cambio. Creo que uno de los grandes mitos de los que se valen el extremismo y los sectores antidemocráticos es el que nace de identi-

car las ideas liberales, es decir, las ideas de libertad aplicadas a la sociedad, a la política y a la economía, como ideas conservadoras.

El conservadurismo en nuestra época es, por una parte, esa forma de reaccionarismo que se niega al cambio, que quiere mantener las estructuras de la sociedad como existen y, por otra, la que representan el marxismo y el socialismo: una forma anticuada de pensamiento, un pensamiento decimonónico, prácticamente obsoleto en todas partes del mundo, salvo en los países subdesarrollados. En éstos, que en el sentido cultural lo son sobre todo por eso, aparece como instrumento de cambio y de transformación cuando en los países verdaderamente modernos y desarrollados —y ahora en los propios países socialistas y supuestamente marxistas— se ha comprobado que esas ideas más bien significan un obstáculo al desarrollo, una imposibilidad de prosperar, una receta para el estancamiento y para el atraso.

Conservadurismo es el estatismo, uno de los lastres que más injusticias han creado en el pasado de nuestros países. El deterioro que se observa en el Perú —la crisis económica más grande de su historia— se debe principalmente a una política equivocada en que tuvieron parte tanto las dictaduras militares como los regímenes democráticos. Pusieron el acento en la distribución de la riqueza, sin preocuparse por la creación de fuentes de riqueza. Y cometieron aún un segundo pecado: difundieron la idea, contraria a la democracia, de que es el Estado el principal responsable de la riqueza del país. Esto generó una actitud pasiva, dependiente del Estado y creyente en el Estado en grandes sectores de la población, y contribuyó a desalentar toda fuerza creativa, toda iniciativa particular y toda capacidad empresarial.

Gobiernos que proclamaban ser antisocialistas introdujeron entre nosotros a menudo los peores postulados del socialismo. Nuestra política estaba determinada por la intervención estatal. Era una política de controles y de estatización. Debido a ella, el sector público creció desmesuradamente, cayendo, además, en un sistema de control que atrofió la productividad vital encerrándola en una camisa de fuerza. Esto no sólo provocó pobreza, sino que echó los cimientos para la construcción de los partidos marxistas, para el mito que los rodea".

J.A. Diversos observadores políticos han señalado que, frente a la retórica de "rico vs. pobre" del gobierno aprista, el planteamiento de Mario Vargas Llosa es el de "Estado vs. Sociedad". ¿Podría explicar un poco el sentido y alcance de este contrapunto?

M.V.L.L. El Estado, en un país como el Perú, es quizá la principal fuente de discriminación y de explotación, no sólo porque ha crecido mucho e invade terrenos que no le competen, expropiando a los ciudadanos de actividades donde se desempeñarían muchísimo mejor que el propio Estado, sino porque ha establecido un régimen de privilegios y de prebendas, que ha maleado el comportamiento, por ejemplo, del empresario privado, del comerciante privado, obligándolo continuamente a actuar al margen de la ley, a concentrar sus esfuerzos mucho más en obtener esas

prebendas y privilegios que en crear riqueza y en presentar productos más económicos o más eficientes a los consumidores.

Los marxistas todavía piensan, en esta época, increíblemente, que el Estado es el instrumento de cambio y hay que hacerlo crecer hasta que encubra enteramente a toda la sociedad, la organice y la controle. No, el Estado debe ser profundamente modificado y reformado si queremos que nuestros países se desarrollen económicamente y sean verdaderamente libres.

Eso no significa que sólo el Estado ande mal ni mucho menos, pero sí que es la fuente del mal. Si hay un empresario que no es creativo, audaz, que apueste por el país, en muchos casos es porque ese empresario ha sido maleado por las formas de producción rentables que el Estado permite y estimula. Es un caso entre otros. El Estado es una fuente de discriminación y de explotación, que castiga al pobre poniendo la legalidad al alcance sólo del rico que puede pagar los trámites, y que obliga al pobre a actuar al margen de ella, por ejemplo en esa economía informal, que es una economía que ha crecido inmensamente en este país.

El Estado está vinculado a la idea no solamente de ineficiencia, de corrupción, sino también a unas formas de comportamiento y a cierta ética, que son un obstáculo mayor para la creación de una verdadera sociedad democrática.

J.A. Una vez anterior que lo entrevisté, cuando en abril de 1985 visitó Santiago, me decía que Sendero Luminoso es la culminación de un proceso de radicalismo ideológico que tiene lugar un poco en todas partes en América Latina en los años 60 y 70, y que en el Perú alcanzó una virulencia sin par, sobre todo a partir de Velasco Alvarado. A pesar de un cierto apagamiento que ha sufrido el ideologismo en todo el mundo, de 1985 hasta acá no se ve que la amenaza del terrorismo haya disminuido en el Perú. A su juicio, la retórica demagógica y populista que usa la autoridad en Perú respecto de este fenómeno, ¿no es uno de los factores que contribuyen a acrecentarlo?

M.V.L.I. Ha habido cierta irresponsabilidad de las autoridades en el tratamiento del fenómeno terrorista. Cuando estallaron las primeras acciones se les quiso dar un tratamiento meramente policíaco, y desde entonces se sigue eludiendo el cuerpo al problema. Por razones que se comprenden, enfrentarse al terrorismo es ensuciarse las manos de alguna manera y muy fácilmente verse objeto de todo tipo de acusaciones. Pero, al mismo tiempo, actuar así es jugar al avestruz, pues el terrorismo está creciendo. Hay 15 mil muertos, ha dicho el Presidente de la República, en su discurso del 28 de julio. Hay que decir muy claramente que se trata de una guerra de los terroristas no contra el ejército y la policía, sino contra la sociedad civil: es la inmensa mayoría de los peruanos, que quieren una vida civilizada, en democracia, con libertad, la que está amenazada por quienes le han declarado la guerra y que están realmente cumpliendo esta guerra de una manera absolutamente resuelta.

Debería haber una movilización de la sociedad civil para enfrentarse al terrorismo y derrotarlo. En tér-

minos puramente militares y policiales no se va a acabar con él, porque ha crecido mucho, porque las condiciones económicas y sociales del Perú son críticas, y con la pobreza y la desesperanza inmensas que hay, cunde entre tantos sectores sociales la prédica demencial, apocalíptica, del terrorismo. A muchos desesperados los estimula y les suministra una especie de terapia salvaje.

J.A. A 30 años de distancia, según Vargas Llosa, ¿qué representa o debería representar Cuba para una intelectualidad latinoamericana otrora ilusionada?

M.V.L.I. Muchos intelectuales latinoamericanos por lo menos han perdido el entusiasmo y la ilusión. A veces, por razones más bien de comodidad, mantienen cierta solidaridad aparente con la revolución cubana. Pero muy pocos —o por lo menos muy pocos que conserven la lucidez— pueden creer todavía que el modelo cubano represente una forma de liberación y desarrollo que pueda ser imitado por los otros países latinoamericanos. La revolución cubana ha quedado aislada dentro de unas formas más bien tradicionales de socialismo autoritario; hoy esa revolución, que a muchos nos pareció al principio la del socialismo en libertad, aparece, dentro de los países marxistas-leninistas del mundo, como la forma más intolerante y reaccionaria, ya que oficialmente se opone a la "perestroika", y a la "glasnost", y mantiene férreamente un modelo que los propios comunistas llaman estalinista.

J.A. ¿Qué diría ahora de la revolución estudiantil de mayo del 68?

M.V.L.I. Bueno, mayo del 68 fue un fenómeno muy interesante. Fue, en Europa sobre todo, un movimiento generoso, burgués, de jóvenes rebeldes, contra su condición privilegiada; también un fenómeno antiautoritario, un fenómeno de cuestionamiento profundo de la autoridad en todos los niveles, incluida la autoridad de los partidos marxistas, socialistas, revolucionarios; un gran intento de renovación, no solamente de las ideas sino también de las costumbres y de las instituciones. Un movimiento que en gran parte ha quedado disuelto en una pura retórica y ha sido reabsorbido por la evolución, el desenvolvimiento normal de la sociedad, pero del que ha quedado, sin embargo, como una especie de relente ético, de cuestionamiento de la comodidad, de la modorra intelectual, política, moral; una especie de sobresalto romántico, que me parece que fue muy saludable, sobre todo para sociedades que estaban un poco estancadas en su prosperidad, en su rutina, y en las que casi había desaparecido la generosidad, la ilusión, el idealismo de los grandes movimientos románticos del pasado, tanto culturales como sociales o políticos. Del fenómeno del 68, por ejemplo, arranca, en el campo ya puramente intelectual, un movimiento libertario, muy fuerte entre los intelectuales y artistas, de revisión de una serie de posiciones ideológicas, un cuestionamiento del autoritarismo ideológico, una revisión muy profunda del marxismo.

J.A. Vale decir, una declinación, en general, de los ideologismos.

M.V.L.I. Efectivamente, el autoritarismo ideológico es eso, es el ideologismo.

J.A. Alguna vez usted habló de Isaiah Berlin como un autor que había influido de manera importante en la maduración de su pensamiento. ¿Hay algún autor que de entonces hasta acá le haya significado algo semejante a Isaiah Berlin?

M.V.L.L. Cómo no. Yo ya había comenzado a leerlo mucho, pero sobre todo en estos años lo he estudiado, y es Karl Popper. Es un autor que probablemente más que Isaiah Berlin e incluso más que Hayek —que es otro autor que he leído estos últimos años también con un enorme interés— me ha estimulado enormemente. Su pensamiento está enteramente construido en torno a la idea y la convicción de la libertad, que debe ser el eje rector tanto de la vida intelectual como del funcionamiento de una sociedad, para que el hombre pueda verdaderamente aprovechar al máximo sus capacidades y sus posibilidades. Y creo que muy pocos pensadores contemporáneos han emprendido tan radicalmente como Popper la investigación de las posibilidades de la libertad y han trazado con tanta lucidez y con tanto rigor lo que es su geografía, por ejemplo, en el campo de las ideas políticas; o en el campo de la ciencia, explicando qué significa la libertad en el campo de la especulación científica, de la investigación científica. A mí me ha impresionado enormemente. Muchas de las cosas que hago, creo yo que están muy marcadas por Popper.

J.A. Y durante su permanencia en Londres, ¿ha tenido oportunidad de conocerlo?

M.V.L.L. No. Sé que vive todavía, muy viejo, en el campo. Hace algunos meses todavía publicó en *Der Spiegel* un ensayo luego traducido a varios idiomas: "Un repaso de mi teoría de la democracia" (cf. *Vuelta* 143 que era inmensamente clarividente. Popper conserva por entero su lucidez; creo, como digo, que es uno de los pensadores contemporáneos más estimulantes y es muy indicativo de nuestro subdesarrollo que en América Latina hayan circulado muy poco sus obras o hayan tenido muy poca influencia en los intelectuales latinoamericanos. *La sociedad abierta y sus enemigos* es un libro que deberían leer todos los latinoamericanos. Hemos vivido en sociedades cerradas y las posibilidades de tener una sociedad abierta son muy difíciles en nuestros países, requieren una lucha muy intensa. Ese libro nos aclararía enormemente la mejor manera de dar esa batalla. Pero también los libros puramente científicos de Popper son sumamente interesantes, sumamente estimulantes en todos los dominios. Yo creo que es uno de los pensamientos contemporáneos más ricos. Me parece incluso más totalizador que el de Hayek. Hayek es otro autor al que he leído con un deslumbramiento, porque en él el liberalismo económico, en un momento dado, linda con el anarquismo. La defensa de la libertad individual está llevada a un extremo tal que en muchos sentidos se confunde con la visión de los grandes anarquistas decimonónicos. Estoy seguro de que a Hayek no le gustaría eso, porque él piensa siempre en la necesidad fundamental del orden. Pero su idea de la libertad es tan absolutamente intransigente, no sólo en el campo económico, también en el campo jurídico, en el campo institucional, que colinda con una

especie de sociedad ácrata. A mí me ha interesado muchísimo.

Además su idea del mercado es fascinante. Los profanos siempre hemos asociado la noción de mercado a lo puramente comercial y económico, pero cuando se lee a Hayek resulta que es una cosa infinitamente más compleja y diversa. Es, en realidad, la sociedad libre en todos sus niveles: desde el más intelectual y académico, el del cotejo continuo de ideas, de pensamientos, de creaciones de tipo artístico que están continuamente enfrentándose y siendo adquiridas u ofrecidas o rechazadas dentro de un sistema complicadísimo de pactos, en el que los individuos se conectan entre sí y establecen formas de convivencia, hasta el nivel puramente elemental del trueque. Es fascinante: a partir de una descripción de un fenómeno puramente económico se llega a una comprensión de lo que son los mecanismos de la existencia organizada, de lo que es el proceso de socialización del ser humano.

Creo que también el de Hayek es un pensamiento sumamente interesante, aunque, para mí, adolece de cierta frialdad. Hay en su análisis de la libertad económica, que es muy deslumbrante, un elemento de frialdad que viene, yo creo, de que toda la información que maneja, los modelos que estudia y analiza, son los de las sociedades desarrolladas, donde los problemas del hambre, las desigualdades económicas y sociales, la explotación no se dan con la agudeza, el dramatismo tan terrible de los países subdesarrollados del Tercer Mundo. Algo que él no ha estudiado, no le ha interesado jamás. Y, por ejemplo, yo no puedo aceptar que, en un país como el Perú, la reducción del Estado llegue a los extremos que él exige, porque el drama social, llega a tener ahí una magnitud tal, que vuelve muy importante que el Estado, al mismo tiempo que garantiza la libertad económica y la economía de mercado, cumpla una labor para crear, básicamente, lo que es la esencia misma de la sociedad democrática, la igualdad de oportunidades.

Pero es un pensamiento fascinante, como lo son asimismo sus ensayos de producción del derecho, de organización jurídica de la sociedad, que están igualmente inspirados en una idea de defensa de la soberanía individual, como principio rector. También es una pena que Hayek no haya tenido casi influencia en América Latina.



Madre proletaria, 1944